

guien. Pero Juliana, descompuesta y blandiendo el puño, siguió:

—¡No me saque la señora de mis casillas; no me haga perder la cabeza!—Y á través de sus dientes cerrados:—¡Sepa usted que no todos los papeles van al carro de la basura!—dijo.

—¿Qué?—exclamó Luisa retrocediendo.

—¡Que las cartas que la señora escribe á su amante, las tengo yo aquí!—gritó golpeándose con rabia el bolsillo.

Luisa la miró extraviadamente y cayó en el suelo, desmayada, junto al confidente.



La primera impresión que experimentó Luisa, fué que dos figuras desconocidas estaban inclinadas sobre ella. La más corpulenta se alejó y el sonido de un frasco de vidrio, al ser colocado sobre el mármol del tocador, la hizo volver en sí. Una voz decía ahogadamente:

—Está mucho mejor. ¿La dió de pronto, señora Juliana?

—Sí de pronto. La ví entrar tan sofocada...

Pasos silenciosos pisaron la alfombra y oyó la voz de Juana junto á su rostro.

—¿Está usted mejor, señora?

Fué volviendo á la clara percepción de las cosas: estaba tendida en el confidente y la habían desajustado el vestido; en la habitación se advertía un fuerte olor á vinagre. Se incorporó sobre un codo y mirando con aire vago, dijo:

—¿Y la otra?

—¿La señora Juliana? Se fué á acostar, porque tampoco se encontraba bien, de verla á usted así. ¿Está usted mejor?

Se sentó. Le parecía que el cuarto oscilaba levemente.

—Puede usted irse, Juana.

—¿No quiere nada la señora? Tal vez un poco de caldo la conviniera.

Sola Luisa, miró en torno, espantada.

Estaba todo en orden y las ventanas cerradas. Un guante estaba caído; se levantó torpemente, lo cogió, y estirándole maquinalmente, lo guardó en el cajón del tocador. Se alisó el pelo. Hallábase cambiada, con otra expresión, como si fuese *otra*, y el silencio de la habitación la impresionó extraordinariamente.

—¡Señora!—dijo Juana con tímida voz.

—¿Qué hay?

—El cochero.

Luisa se volvió sin comprender.

—¿Qué cochero?

—Un cochero; dice que la señora no tenía suelto y le mandó esperar.

—¡Ah!

Y como la luz que súbitamente alumbra una decoración, así vió en un punto "su desgracia".

Temblaba tanto, que no acertaba á abrir el cajón de la cómoda.

—Me olvidé de él...— balbuceó.

Dió dinero á Juana, y cayendo sobre el confidente:

—¡Estoy perdida!—exclamó apretándose la cabeza entre las manos.

¡Todo estaba descubierto! Se le representó en su espíritu el furor de Jorge, el espanto de sus amigas, la indignación de unos, el desprecio de otras.

¿Qué la restaba?... ¡Huir con Basilio!

Aquella idea, la primera y la única, entró en su espíritu, lo inundó, como el agua que se desborda sobre un descampado.

¡Había jurado él tantas veces que serían felices en París, en su *reservado* de la calle Saint-Florentin!... Pues bien, iría. No llevaría maletas; pondría en un saquito de mano alguna ropa blanca y las joyas de su madre... Pero ¿y la casa, y las criadas? Dejaría una carta á Sebastián para que lo cerrase todo; llevaría para el viaje el vestido negro ó el azul. Nada más. El resto lo compraría lejos, en otras ciudades...

—Si la señora quiere comer...—dijo Juana, que traía puesto un delantal blanco.—La señora Juliana está acostada con el dolor, y dice que no puede servir la mesa.

—Ya voy.

Apenas probó la sopa. Bebió un vaso de agua, y levantándose:

—¿Qué tiene Juliana?—dijo.

—Un dolor muy fuerte al corazón.

¡Si muriese, se salvaría ella! Podría quedarse, y con perversa intención, exclamó esperanzada:

—Vaya usted á ver cómo está, Juana.

¡Había oído decir de tantas que habían muerto de un dolor! Iría en seguida á su cuarto á apoderarse de la carta. No tendría miedo del silencio de la muerte, ni de la lucidez del cadáver.

—Está más descansada, señora, y dice que luego se levantará. ¿No toma más, la señora?

—No.

Y entró en su cuarto murmurando:

—¿Para qué buscar arreglos? Sólo me queda la fuga.

Resolvió escribir á Sebastián, pero no acertó: "Amigo mío..."

¿Para qué escribir? Cuando vieses que no volvía, las criadas, *la otra*, irían á ver á Sebastián, el íntimo de la casa. ¡Qué susto se llevaría! Creería en un accidente, correría á la Encarnación, á la policía, esperaría hasta la madrugada... todo el día siguiendo la esperaba, sufriendo decepciones terribles, hasta que por último telegrafiaría á Jorge. Y á aquella hora, ella, en un rincón del vagón todavía, entre el ensordecedor ruido de la máquina, correría hacia nuevos destinos.

¿Por qué se afligía? ¡Cuántas envidiarían su desgracia! Abandonar su estrecha vida, ocupada en vigilar asuntos de cocina y hacer el *crochet*, para irse con un hombre joven y querido á París, ¡á París!... Vivir en alcobas forradas de seda, con palco en la Opera... Bien tonta era afligiéndose; casi era una dicha aquel "desastre". Sin él, no hubiera tenido valor para romper con su vida burguesa.

Dignificaba aquel amor al huir. No se vería obligada á amar en casa y fuera de ella.

Tuvo intención de irse en seguida con Basilio, *acabar de una vez con aquello*, pero era tarde y temió á las calles oscuras, á la noche, á los borrachos...

Se puso á arreglar el saquito de mano. Metió en él alguna ropa blanca, pañuelos, el cepillo de las uñas, el rosario que le regaló Basilio, polvos de arroz y algunas alhajas de su madre. Quiso llevarse tam-

bién las cartas de Basilio, que tenía guardadas en un cofrecito de sándalo, en el ropero. Las esparció en el regazo y abrió una, de la que cayó una florecilla seca, y otra con el retrato de Basilio. De pronto creyó ver que no estaban todas; debía haber siete, cinco pequeñas y dos grandes; la primera tiernísima que la escribió y la última del día de la riña. Las contó... Faltaban, en efecto, la primera y dos de las pequeñas... ¡Ah, infame! Tuvo un acceso de rabia y quiso subir á su cuarto, luchar con ella, arrancárselas y ahogarla. ¡Qué importaba! Cayó anonadada sobre el confidente... ¡Una, dos, ó todas, la desgracia era la misma!

Preparó excitadísima el vestido negro que había de llevar, el sombrero, un mantón...

El *cuco* dió las diez. Entró en su alcoba, y poniendo la palmatoria sobre la mesa de noche, quedóse mirando el amplio lecho. ¡Era la última vez que dormiría en él! Ella bordó aquella colcha de *crochet* el primer año de su matrimonio; no tenía una malla que no representase un placer, Jorge iba á verla trabajar y la observaba sonriente y callado, ó la hablaba bajo, arrollando lentamente en los dedos el algodón, allí había dormido con él tres años, junto á la pared, que era su sitio; en aquella cama había pasado la pulmonía; durante tres semanas no se acostó Jorge, cuidándola, con abundancia de dulces palabras que tanto bien la hacían. Le hablaba como á una niña pequeña. "Esto pasará; mañana estarás buena y nos iremos á paseo." Pero, diciéndolo, lloraba; otras veces: "¿Estás mejor? ¡Dime que sí, que estás mejor!" Y deseaba ella ponerse buena de tal modo, que parecía que una ola vivificadora le refrescaba la sangre.

En los primeros días de su convalecencia él la vestía, se sentaba á su lado y leía novelas; dibujaba

paisajes ó recortaba soldaditos de papel... Muchas veces Luisa despertaba de noche y sorprendía á Jorge limpiándose las lágrimas, de alegría seguramente, porque ya estaba salvada; el excelente doctor Camintia lo dijo:

—Está fuera de peligro; ahora á reconstituir el organismo,—y Jorge, ¡pobrecillo! había cogido las manos del viejo al oírle y las había besado...

En cambio, ahora... ¡cuando regresaría y supiese!... Ella estaría lejos, con otro, oyendo otra lengua. Y él allí, solo en casa, llorando abrazado al fiel Sebastián, viendo recuerdos de ella por todas partes para su tormento!

Se echó de bruces sobre la cama y rompió á llorar.

Oyó la voz de Juliana y se incorporó aterrada. ¿Vendría á verla aquella infame? Los pasos se apagaron y Juana entró con la lamparilla, diciendo:

—La señora Juliana se levantó un momento, pero dice que aun está tan mal, que se fué á acostar otra vez. ¿No necesita nada más la señora?

—No—contestó Luisa, desde la alcoba.

Se desnudó y durmió profundamente aniquilada.

Juliana no pudo dormir; se agitaba en el jergón con *el diablo del insomnio*, como tantas otras noches en aquellas últimas semanas.

Desde que cogió la carta vivía en continua fiebre. Dios se había acordado, al fin, de ella. Desde que Basilio empezó á frecuentar la casa, tuvo como una corazonada de que le había llegado su vez. Su primera satisfacción fué aquella noche que halló la almohada de Luisa caída junto al sofá. ¡Qué explosión de dicha, luego, cuando después de tanto espiar cogió la carta! Corrió arriba, la leyó ávidamente, y cuando vió la importancia de *la cosa*, se arrasaron

sus ojos en lágrimas y elevó su alma indigna á las alturas, diciendo:

—¡Bendito sea Dios!

¿Qué haría con *aquello*? Pensó vendérsela á Luisa; pero ¿dónde tenía dinero la señora? No, mejor era esperar la vuelta del señor, y con amenazas de publicarlo, sacarle un montón de libras esterlinas, por medio de otra persona y escondiendo ella la mano. Algunas veces que la figura, las *toilettes* y los paseos de Luisa la incitaban más, tenía intenciones de salir, llamar á los vecinos, leerles el papel y vengarse así de aquella *carnerinha*.

La tía Victoria la dirigió y calmó. La dijo que, "para que la zancadilla fuese completa, se necesitaba una carta del seductor". Necesitó mucha habilidad, probar llaves falsas, hechas con moldes de cera, y en fin, una habilidad gatuna y destreza ratonil. Pero tuvo la carta... ¡y qué carta! Se la leyó á la tía Victoria, que se rió... Sobre todo el billetito en que decía Basilio: "Hoy no puedo ir, pero te espero mañana á las dos. Te mando esta rosa para que la lleves en el seno, como la otra, porque ¡qué placer, cuando vienes, sentirte el pechito perfumado!"

La tía Victoria, sofocada la risa, se la enseñó á su amiga Petra, que estaba en la salita.

La Petrona se desbordó. Sus pechos, colgantes como pellejos á medio llenar, tuvieron furiosas sacudidas de hilaridad. Y con sus manos en las caderas, roncaba con su voz de trombón.

—¡Esa es de las buenas, tía Victoria, de las de maestro! Merecía salir en los papeles. ¡Demonio con los enamorados!

La tía Victoria dijo formalmente á Juliana:

—Bueno: con esto ya puedes hablar alto y esperar ocasión. Buenos modos, cara risueña, sonrisas á po-

rrillo para no alarmarla y ojo alerta. Tienes seguro al ratón; déjale que juegue.

Desde entonces, saboreó deliciosamente Juliana aquel placer de tener bajo su mano á Luisita, la señora, el ama, la *piorrinha*.

La veía componerse, irse, tararear y comer bien, y pensaba con voluptuosidad felina:

—Diviértete, anda, que ya te la tengo preparada.

Aquello le daba orgullo y se sentía "dueña de la casa". Tenía en su mano la felicidad, el buen nombre de sus amos, ¡qué alegría!

Aquello era dinero, el pan de su vejez.

Llegó su hora, y todos los días rezaba una Salve de gracias á Nuestra Señora.

Pero, después de aquella *escena* con Luisa, debía salir de la casa, *hacer algo*. Consultaría á la tía Victoria.

Una mañana á las siete, sin decir palabra, bajó la escalera y se fué.

La tía Victoria no estaba. Había gente esperando en la salita. El señor Gouvea, con la borla del gorro enredada, escribía inclinado, rumiando su catarro. Juliana dió los buenos días y se sentó, muy derecha, en un rincón.

Se hablaba; una mujer picada de viruelas, que estaba sentada en el canapé, sonrió á Juliana y continuó volviéndose hacia una regordeta con mantón.

—No puede usted hacerse una idea, señora Ana. Es una desgracia. A las voces me despierto con el ruido que hace, hablando solo y tropezando en la escalera, y tengo miedo que el demonio le haga dormir con luz y prenda fuego.

—¿Quién?—preguntaba un muchacho con blusa de tartán que hablaba á un criado.

—Cuña, el hijo de mi amo. ¡Es una desgracia!

—¡Calavera, eh?—dijo el muchacho.

—¡Un horror! Por las mañanas no puedo entrar en su cuarto del olor que hay... Su pobre madre llora y se desespera y á él por poco le dejan cesante. No estoy contento allí.

—Pues por allí también hay jaleo—dijo la del mantón de cuadros.

Los dos hombres se acercaron.

—El amo anda á la cuñada; la señora lo sabe y las dos hermanas andan siempre al morro. El amo se condeule de las penas de la chica y el ama grita. ¡Aquello acabará mal!

—¡En todas partes cuecen habas!—dijo indignado el joven.

—La de usted es buena gente, señor Juan—observó la de las pecas.

—Sí, las chicas algo enamoradizas. Provecho para las criadas, que pescan vestido ó propinas. Pero los viejos son buenas personas y se come bien.

Se volvió hacia el muchacho y, dándole en la espalda con tono de admiración y envidia, dijo:

—Este sí que aprovecha...

El chico sonrió.

—¡Bah! Es más el ruido que las nueces—contestó,

—¡Vamos, enseña eso!—dijo Juan.

El interpelado se hizo rogar, y después de buscar en el cinto, sacó del bolsilo del chaleco un reloj de oro.

—¡Precioso!—dijeron las dos mujeres.

—Sudor de mi rostro—dijo él acariciándose la barbilla.

Juan se indignó.

—¡Digo, la criatura! ¡Sudor de su rostro, eh? Es el Benjamín del ama, una señorona que siempre viste de seda; gran hembra, un poco madura, pero gran hembra... Y recibe recuerdos como ese... un reloj de un par de onzas... ¡Y aún habla!

El muchacho dijo entonces, metiéndose las manos en los bolsillos:

—Y como yo quiera, aún habrá más.

—Lo creo. Una gente que tiene manzanas de casas... La mitad de la calle de Retroceiros es de ellos.

—Pero son muy roñosas—dijo el muchacho.—Estoy en la casa hace tres meses y sólo han caído el reloj y tres libras en oro. Cualquiera día las doy carpetazo.—Y atusándose el pelo añadió.—No faltarían mujeres y... ¡mujeres encopetadas!

La tía Victoria entró sofocada y dijo viendo á Juliana:

—¡Hola! ¿Ya por aquí? Estoy en la calle desde las seis... Buenos días, señora Teodosia; buenos días, Ana. ¡Hola, buen mozo! Entra aquí, Juliana; ahora vuelvo, pichones, que es cosa de un momento.

La condujo al cuarto del lado del zaguán.

—¿Qué tenemos de nuevo?

Juliana contó la *escena* de la víspera, el desmayo.

—Pues, hija mía, lo hecho, hecho está. No hay tiempo que perder y manos á la obra. Ve al hotel á ver á Brito y entiéndete con él.

Juliana rehusó; no se atrevía, temía...

La tía Victoria reflexionó, rascándose una oreja. Se fué, cuchicheó con el señor Gouvea y volvió, cerrando la puerta.

—Vamos á ver... ¿Tienes las cartas?

Juliana sacó del bolsillo una carterita usada. Pero dudó un momento, mirando á la tía Victoria con recelo.

—¿Temes darme los papeles, mujer?—exclamó ésta ofendida.—Pues arréglatelas como puedas entonces...

Juliana se los dió, encargándole que los guardase con cuidado.

—Cierta persona—dijo la tía Victoria—irá mañana á verse con Brito y le pedirá *un conto de reis*.

Juana se deslumbró. ¡Un conto de reis! La tía Victoria bromeaba.

—¿Pues qué te figuras tú? Por una carta que casi no decía nada, pagó una que va por Chiado en coche, trescientos mil reis en buenos billetes. Los pagó el querido, ya se sabe. Si fuese otro, no digo, pero Brito... es rico y manirroto.

Juliana, pálida, cogió trémula á la tía Victoria de un brazo:

—¡La daría á usted un vestido de seda, tía Victoria!

—Azul. Ya ves, hasta el color te digo.

—Pero Brito es hombre duro, tía Victoria, y puede apoderarse de las cartas.

—Pero, ¿me crees simple?—dijo mirando á Juliana con desdén.—¿Crees que le mando algún tonto? Las cartas no irán, serán copias.

Y añadió después de reflexionar:

—Tú te vas á casa.

—No, yo no vuelvo—dijo Juliana.

—Casi tienes razón. Hasta ver en qué para ésto, vente aquí á dormir. Comerás hoy un pescado riquísimo.

—Pero, ¿no habrá peligro si Brito recurre á la policía?

La tía Victoria se encogió de hombros impaciente.

—Mira, vete, porque me sacas de quicio. ¡Policia! Estas cosas no se llevan á la policía... Déjalo por mi cuenta y vuelve á las cuatro á comer.

Juliana salió en volandas. Era el tal *conto de reis* el que entrevió una vez que volvía á caer en su mano con *tin tin* de oro y *fru fru* de billetes. Se la llenó el cerebro de maravillosas perspectivas: un mostrador de sombrerera en que ella vendería; un

marido al lado á las horas de cenar; pares de botinas superiores, de las de más *chic*... ¿Dónde pondría el dinero? ¿En el Banco? No, en el fondo del baúl: allí estaría más seguro y más á mano.

Compró un cuarterón de bizcochos y se sentó en el paseo con la sombrilla abierta, juzgándose ya una señora. Hasta miró á un propietario pacífico que pasaba, más éste se alejó escandalizado.

*
*

Despertó Luisa y sentándose bruscamente en la cama:

—Hoy es—pensó.

Susto y tristeza la oprimieron el corazón. Comenzó á vestirse muy nerviosa, ante la idea de ver á Juliana. Imaginó encerrarse, no almorzar, salir á las once y buscar en el hotel á Basilio, cuando la voz de Juana dijo desde la puerta:

—Señora...

Entró y contó asustada que Juliana se fué muy de mañana, que no había vuelto y que estaba todo por arreglar.

—Bien; prepáreme el almuerzo, que ya voy.

¡Qué alivio! Pensó que Juliana se despedía. ¿Con qué objeto? Para tramar algo sin duda. Lo mejor era